

¿QUIÉRES IR AL CIELO?

INTRODUCCION

En algunas oportunidades a través de los años he estado presente cuando se ha hecho esta pregunta y todos asintiendo han levantado sus manos. Es cierto que en estos tiempos en que vivimos esta pregunta no se hace muy a menudo, pero la realidad es que todos queremos ir al Cielo aunque creamos o no, tengamos o no tengamos fe, sea-mos a no practicantes de nuestra religión.

Le invito, pues, a que miremos la Cruz en que Cristo murió. Y preguntémos: ¿Por qué tenemos que mirarla?

Pues fue a través de la Cruz que Jesús ha hecho posible nuestro regreso a la presencia del Padre en el Cielo. Es la Cruz, donde Cristo murió para luego resucitar, la que nos ha salvado. Jesús, muerto en la Cruz y resucitado, ha ascendido y nos ha abierto las puertas del Cielo.

En una ocasión, visité una funeraria pues había fallecido una señora y su familia había pedido a un sacerdote o un diácono que les acompañara con su presencia y oraciones. Llegué un poco temprano y solamente miembros de la familia, su esposo, una hermana y una sobrina, estaban presente. Los tres se sentían muy tristes y desconsolados llorando la separación de su ser querido. Ante esta realidad, el mensaje que expresamos debe ser un mensaje de fe y de esperanza, porque eso es lo único que nos sostiene... saber que no todo ha terminado, que al contrario ha comenzado el comienzo de una nueva vida.

En estas ocasiones, compartir unos versículos del evangelio es muy consolador. Tomé la Santa Biblia y les leí del evangelio de San Juan, capítulo 11, versículos 17-27, que hacen referencia a la muerte de Lázaro, el amigo de Jesús, y sus hermanas Marta y María.

“Al enterarse de que Jesús llegaba, Marta salió a su encuentro, mientras María permanecía en la casa. Marta dijo a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero yo sé que aún ahora, Dios te concederá todo lo que le pidas». Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará». Marta le respondió: «Sé que resucitará en la resurrección del último día». Jesús le dijo: «Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?». Ella le respondió: «Sí, Señor, creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que debía venir al mundo».
(Jn 11:20-27)

Al terminar de leer, pregunté a la familia: ¿Creen ustedes? Ellos asintieron bajando la cabeza.

Sí, la fe nos da esperanza. Sin fe y sin esperanza nuestra vida carece de sentido. Nuestro Dios, que es Amor, que nos creó de la nada por amor y para el amor, ¿Cómo va ser posible que nos haya creado para desaparecer al llegar al final de nuestra vida, como si nunca hubiésemos existido? ¿Cómo es posible que todas las experiencias que vivimos, las emociones que sentimos, sentimientos que expresamos, seres queridos con los que nos relacionamos y amamos, vayan a desaparecer, como si nunca sucedieron o existieron?

Eso no tiene sentido, más bien es una contradicción, pues fuimos creados por Dios porque Él quería compartir su Amor, su Divinidad con nosotros que sus creaturas. Llegará el día en que nos encontraremos otra vez en el Cielo. Esa es nuestra esperanza.

Invité a la familia a encomendar a Jesús el alma de su ser querido, teniendo la certeza de que ella resucitará en el último día, tal como Jesús le había dicho a Marta, y pedirle a Dios que su Corazón misericordioso se conmueva y le abra las puertas del Cielo.

La hermana de la persona fallecida sollozaba amargamente y estas palabras parecieron consolarla. Entonces le pregunté cómo era su hermana, y me contestó que fue una persona de fe, muy buena y religiosa. Entonces le animé diciéndole: Pues debemos tener la gran esperanza que esté en estos momentos con Dios en el Cielo... para ese entonces ya habían llegado otras personas.

Sí, mis queridos hermanos, Jesús mismo nos lo dice: Él es la Resurrección y la Vida y el que cree en Él, aunque muera, vivirá, y todo el que vive y cree en Él, no morirá jamás.

EL PECADO Y LA MUERTE

El Catecismo de la Iglesia Católica nos enseña que la muerte es el final de la vida terrena. Nuestras vidas están limitadas por el tiempo, a través del cual vamos cambiando, envejecemos y así como en todos los seres vivos de la tierra, al final de esta vida terrena aparece la muerte como terminación normal de la vida. El recuerdo de que somos mortales nos hace comprender que no contamos más que con un tiempo limitado para vivir nuestra vida.

La Sagrada Escritura enseña que la muerte (la muerte eterna) entró en el mundo a causa del pecado del hombre.

“El pecado, nos dice también el Catecismo, es una falta contra la razón, la verdad, contra la conciencia recta; es faltar al amor verdadero para con Dios y para con el prójimo, a causa de un apego perverso a ciertos bienes. Hierde la naturaleza del

hombre y atenta contra la solidaridad humana. Ha sido definido como ‘una palabra, un acto o un deseo contrarios a la ley de Dios’ (CIC 1849)

“Dios creó al hombre para que fuera incorruptible y lo hizo a imagen de su propia naturaleza, pero por la envidia del Demonio entró la muerte (eterna) en el mundo, y los que pertenecen a él tienen que padecerla” (Sb 2:23-24)

Dios destinó al hombre a no morir eternamente, es decir, a vivir eterna-mente en su presencia compartiendo su Amor y su Divinidad. Por lo tanto, la muerte eterna fue contraria a los designios de Dios Creador, y entró en el mundo como consecuencia del pecado.

En cambio, ***“La muerte temporal, nos dice el Concilio Vaticano II, de la cual el hombre se habría liberado si no hubiera pecado...”*** (GS 18), es así "el último enemigo" del hombre que debe ser vencido.

Esta muerte temporal la vence Jesús a través de su Pasión, Muerte y Resurrección. Jesús vence el pecado, la muerte y al Demonio, poniéndonos en paz con Dios, es decir, pagando con su sufrimiento y su muerte la cuenta del pecado que debimos haber pagado nosotros.

Otro hombre, como tú o como yo, no podía haberla pagado pues todos hemos nacido con las consecuencias de ese pecado original, solo Jesús, el Hijo de Dios, igual a nosotros en todo menos en el pecado, podía hacerlo. Por eso, sin tener pecado alguno, Él mismo se hizo pecado, para clavarlo en la Cruz, vencer y morir al pecado y resucitar a una Nueva Vida.

La victoria de Cristo en la Cruz nos libera de las garras de Satanás. Éramos esclavos del pecado y de la muerte; fuimos secuestrados de la presencia de Dios. Por el pecado fuimos expulsados del Paraíso donde estábamos en la presencia de Dios. No teníamos regreso al Padre. Sin embargo:

“Dios Padre amó tanto al mundo que dio a su Hijo Único, para que todo aquél que cree en Él no muera sino que tenga vida eterna.” (Jn 3:16)

Hoy, sí podemos regresar a la presencia del Padre. Jesús pagó el rescate por nuestra liberación.

¡Qué grande habría sido para toda la humanidad el costo y las consecuencias del pecado original que necesitó el sacrificio en la Cruz del Hijo de Dios para que fuéramos redimidos!

San Pablo nos dice que la sangre del Cordero de Dios fue el rescate pagado por Dios por nuestra liberación. Es la Sangre del Cordero de Dios la que limpia los pecados del mundo.

La muerte del Señor en la Cruz fue el sacrificio perfecto y agradable a Dios que nos redimió (pagó la cuenta) y nos salvó del poder de las tinieblas.

En otras palabras, la Santa Madre Iglesia nos enseña que nuestros cuerpos han de morir; nuestra vida en la tierra terminará el día de la muerte de nuestro cuerpo.

Pero nosotros no somos solo materia, también tenemos un alma espiritual; una vida espiritual.

Por el pecado nuestra vida física quedó afectada y está sujeta a la muerte temporal. Por el pecado nuestra vida espiritual también es afectada y queda sujeta también a la muerte, a la muerte eterna.

El pecado puede enfermar nuestro cuerpo y si la enfermedad no se atiende debidamente puede eventualmente matarnos físicamente. El pecado también puede enfermar nuestra alma y si las enfermedades del alma no se cuidan debidamente, pueden eventualmente matar el alma. El pecado venial o leve enferma el alma. El pecado mortal o grave, mata el alma.

Tanto el cuerpo como el alma son inmortales, es decir, vivirán eternamente. Por eso Jesús nos habla de la resurrección del cuerpo en el último día. Es decir, el cuerpo muere temporalmente pero en el último día resucitará para reunirse con su alma que nunca dejó de existir.

La Iglesia nos dice que cuando el alma se separa del cuerpo en el momento de la muerte del cuerpo, el alma se presenta ante Dios y recibe su juicio particular. Es decir, en ese momento se determina si viviremos eternamente en la presencia de Dios o si moriremos eternamente apartados de Dios. Nos salvaremos o nos condenaremos.

Dios determina en ese juicio particular si entraremos inmediatamente en el Cielo donde Él se encuentra y nos ha esperado desde el momento de nuestra creación, o nos indicará que tendremos que pasar un tiempo en el Purgatorio hasta que nos hayamos purificado completa-mente para entonces recibirnos en el Cielo.

Sin embargo, aquellas almas que en el momento de la muerte del cuerpo se encuentren en un estado de pecado mortal, ellas mismas se condenarán a la muerte eterna; a existir eternamente en el Infierno separados y alejados de la presencia de Dios.

Es necesario que sepamos que Dios en su infinita e insondable Misericordia constantemente se encuentra tocando a la puerta de nuestro corazón ofreciéndonos todas las ayudas que podamos necesitar para que alcancemos la Salvación, es decir, para que podamos ir al Cielo.

Dios desea que todos los hombres se salven, pero no nos puede obligar a salvarnos, pues nos creó dándonos una absoluta libertad.

La muerte es el fin de la peregrinación del hombre en la tierra, es el fin del tiempo de gracia y de misericordia que Dios nos ofrece para vivir nuestra vida terrena como Dios manda. Es el fin del tiempo que tenemos para decidir nuestro último destino. Cuando llegamos a este fin en esta vida terrena, ya no volveremos a otras vidas terrenas. Está establecido que los hombres morirán una sola vez:

“Los hombres mueren una sola vez y después viene para ellos el juicio.” (Hb 9:27).

No hay "reencarnación" después de la muerte.

Cuando éramos jóvenes nunca se nos ocurría pensar en la muerte aunque es una realidad que no se puede evitar.

Una vez escuché a alguien decir que lo único de lo que podemos estar seguros en la vida es que nos vamos a morir. Siendo joven, aunque cualquier accidente o enfermedad podía quitarme la vida, y de hecho, estuve muchas veces en ese peligro, tampoco se me ocurría pensar en ello, al contrario, yo era uno de los que sentíamos una vocación desde pequeños (ingeniería civil) y me preparaba para alcanzar la meta.

Ahora, ya siendo más viejo, o “de juventud acumulada”, como decía un sacer-dote amigo, mi muy querido Padre Romeo Rivas, nos enfrentamos a la realidad de que cada día que pasa nos queda menos tiempo en esta vida, y hasta pensamos en cuántas cosas tenemos que hacer y quizás no nos alcance el tiempo de verlas hechas.

Pero nuestra fe y esperanza nos hacen confiar en Dios, sabiendo que nos espera una nueva vida.

¿QUIÉNES SOMOS?

Somos creaturas de Dios. Hemos sido creados por Misericordia ya que toda acción de Dios es Misericordia. Somos, entre todas las creaturas, las más hermosas, amadas y apreciadas por Dios.

Somos completamente distintos de las demás creaturas, inclusive, somos distintos entre nosotros mismos. Hay solo dos creaturas que poseen un alma inmortal, los ángeles y nosotros los hombres, pero hay una sola creatura que además de tener un alma inmortal, posee un cuerpo material – el hombre. Además, somos capaces, al igual que los ángeles, de amar, adorar, alabar y glorificar a Dios.

Nuestro cuerpo lo heredamos de nuestros padres y nuestra alma fue creada por Dios. Nuestro cuerpo con el tiempo se deteriora o se enferma y deja de vivir y nuestra alma, al morir el cuerpo, se separa de él y se presenta ante Dios, su Creador.

Nuestro cuerpo eventualmente se des-compone hasta llegar a ser polvo o se incinera para convertirse en polvo de cenizas y nuestra alma comienza a vivir en la presencia de Dios en el Cielo, o es enviada a purificarse al Purgatorio antes de entrar en el Cielo, o se condena ella misma a vivir en el Infierno alejada de Dios por toda la eternidad.

En el último día, tal como Jesús nos anuncia: resucitaremos. Es decir, nuestros cuerpos resucitarán para unirse a nuestras almas dondequiera que estas se encuentren - en el Cielo, el Purgatorio o el Infierno.

EL CIELO

¿Quiénes se encuentran en el Cielo?

El Catecismo de la Iglesia Católica nos dice:

“Los que mueren en la gracia y la amistad de Dios y están perfecta-mente purificados, viven siempre con Cristo. Son para siempre semejantes a Dios, porque lo ven tal cual es, cara a cara” (CIC 1023)

El Catecismo también nos dice:

“Vivir en el Cielo es estar con Cristo” (CIC 1025)

Para entrar en el Cielo tenemos que haber alcanzado la santidad aquí en la Tierra o habernos purificados, santificados en el Purgatorio. En el Cielo solo hay Santos, de los cuales solo conocemos por su nombre a aquellos que la Iglesia Católica ha canonizado. Sin embargo, hay miles de millones de almas santas en el Cielo

Cuando leemos las vidas de los Santos, muchas veces encontramos que algunos tuvieron experiencias extraordinarias relacionadas con nuestra vida eterna “en el más allá”, tal como se refiere el mundo a lo desconocido, por falta de fe y esperanza.

Santa María Faustina, el apóstol de la Divina Misericordia, nos escribe en su Diario sobre sus experiencias al visitar el Cielo. Leamos.

“El viernes, después de la Santa Comunión, fui trasladada en espíritu delante del trono de Dios. Delante del trono de Dios vi las Potencias Celestiales que adoran a Dios sin cesar. Más allá del trono vi una claridad inaccesible a las criaturas; allí entra solamente el Verbo Encarnado como Intercesor.” (Diario 85)

“Hoy, en espíritu, estuve en el cielo y vi estas inconcebibles bellezas y la felicidad que nos esperan después de la muerte. Vi cómo todas las criaturas dan incesantemente honor y gloria a Dios; vi lo grande que es la felicidad en Dios que se derrama sobre todas las criaturas, haciéndolas felices; y todo honor y gloria

que las hizo felices vuelven a la Fuente y ellas entran en la profundidad de Dios, contemplan la vida interior de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que nunca entenderán ni penetrarán.

Esta fuente de felicidad es invariable en su esencia, pero siempre nueva, brotando para hacer felices a todas las criaturas. Ahora comprendo a San Pablo que dijo: “Ni el ojo vio, ni oído oyó, ni entró al corazón del hombre, lo que Dios preparó para los que le ama”. (Diario 777)

“Esta gran Majestad de Dios que conocí más profundamente, que los espíritus celestes adoran según el grado de la gracia y la jerarquía en que se dividen; al ver esta potencia y esta grandeza de Dios, mi alma no fue conmovida por espanto ni por temor, no, no absolutamente no. Mi alma fue llenada de paz y amor, y cuanto más conozco a Dios tanto más me alegro de que Él sea así. Y gozo inmensamente de su grandeza y me alegro de ser tan pequeña, porque por ser yo tan pequeña, me lleva en sus brazos y me tiene junto a su Corazón”. (Diario 779)

“Oh Dios mío, qué lástima me dan los hombres que no creen en la vida eterna; cuánto ruego por ellos para que los envuelva el rayo de la misericordia y para que Dios los abrace a su seno paterno. Oh amor, Oh rey.” (Diario 780)

El Catecismo de la Iglesia Católica nos dice: **“Cristo, por su Muerte y Resurrección, nos ha “abierto” el Cielo.” (CIC1026)**

Las puertas se cerraron detrás de nuestros primeros padres, Adán y Eva, cuando engañados por Satanás, cometieron el pecado de desobediencia e idolatría y fueron expulsados del Paraíso (una prefiguración del Cielo). Como resultado de ese pecado, la humanidad ha heredado sus consecuencias.

El hombre no podía regresar a la presencia de Dios hasta que Cristo nos salvó por los méritos de su Pasión y Muerte. Jesús nos liberó de las garras del pecado, la muerte y el Demonio, y nos abrió las puertas del Cielo.

Hoy por la gracia de Dios podemos apropiarnos de la Salvación que Jesús ganó para nosotros en la Cruz. Pero tenemos que ser consecuentes. No podemos vivir nuestra vida como nos plazca hacerlo. Jesús nos enseñó cómo vivirla – cumpliendo sus mandamientos, sobre todo el nuevo, el mandamiento del amor.

Sin embargo, seguimos viviendo en medio de una batalla espiritual:

“Porque nuestra lucha no es contra enemigos de carne y sangre, sino contra los Principados y Potestades, contra los Soberanos de este mundo de tinieblas, contra los espíritus del mal que habitan en el espacio.” (Ef 6:12)

Dios, en su infinita Misericordia, nos creó libres, tan libres que hasta podemos negar su existencia, odiarle, blasfemar y cometer actos de sacrilegio contra Él.

Es en esa libertad que tenemos que escoger entre el bien y el mal. Satanás, la personificación misma del mal, y los espíritus malignos (ángeles caídos), a pesar de haber sido arrojados al Infierno, andan sueltos por el mundo tratando de arrebatarnos nuestra alma y no cesarán de tratar de lograrlo hasta el mismo momento de nuestra muerte.

EL PURGATORIO

Las personas que mueren en la gracia de Dios pero que no están completamente purificadas, aunque están seguras de su eterna salvación, después de su muerte tienen que purificarse para obtener la santidad que les permitirá entrar en el Cielo.

La Iglesia le llama Purgatorio a esta purificación final antes de la entrada en el Cielo que es completamente distinta del castigo de los condenados al Infierno. La doctrina referente al Purgatorio la podemos encontrar en 1Co 3:15 y 1P 1:7. Ambas citas nos hablan de un fuego purificador.

También la Sagrada Escritura nos dice:

“Al que diga una palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este mundo ni en el futuro.” (Mt 12:32)

Esto implica que algunas faltas pueden ser perdonadas en el futuro.

“Esta enseñanza (sobre el Purgatorio) se apoya también en la práctica de la oración por los difuntos, de la que ya habla la Escritura: “Por eso mandó (Judas Macabeo) hacer este sacrificio expiatorio en favor de los muertos, para que quedaran liberados del pecado” (Leer 2 Mac 12:46).

El Catecismo de la Iglesia Católica también nos dice sobre las almas del Purgatorio:

“Desde los primeros tiempos, la Iglesia ha honrado la memoria de los difuntos y ha ofrecido sufragios en su favor, en particular el sacrificio de la Santa Misa, para que, una vez purificados, puedan llegar a la visión beatífica de Dios. La Iglesia también recomienda las limosnas, las indulgencias y las obras de penitencia en favor de los difuntos.” (CIC 1032)

En el Diario de Santa Faustina podemos también encontrar su visita al Purgatorio acompañada de su Ángel de la Guarda:

“Vi al Ángel de la Guarda que me dijo seguirlo. En un momento me encontré en un lugar nebuloso, lleno de fuego y había allí una multitud de al-mas sufrientes. Estas almas estaban orando con gran fervor, pero sin eficacia para ellas mismas, solo nosotros podemos ayudarlas. Las llamas que las quemaban, a mí no me tocaban. Mi Ángel de la Guarda no me abandonó ni por un solo momento. Pregunté a estas almas ¿Cuál era su mayor tormento? Y me contestaron unánimemente que su mayor tormento era la añoranza de Dios. Vi a la Madre de Dios que visitaba a las almas en el Purgatorio. Las almas llaman a María “La Estrella del Mar”. Ella les trae alivio. Deseaba hablar más con ellas, sin embargo mi Ángel de la Guarda me hizo señas de salir. Salimos de esa cárcel de sufrimiento. ‘Oí una voz interior que me dijo: ‘Mi misericordia no lo desea, pero la justicia lo exige.’ A partir de aquel momento me uno más estrechamente a las almas sufrientes.” (Diario 20)

EL INFIERNO

Nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica que:

“La enseñanza de la Iglesia afirma la existencia del infierno y su eternidad. Las almas de los que mueren en estado de pecado mortal descienden a los infiernos inmediatamente después de la muerte y allí sufren las penas del infierno, “el fuego eterno”. La pena principal del infierno consiste en la separación eterna de Dios...” (CIC 1035)

A no ser que tomemos libremente la decisión de amar a Dios, no podemos estar unidos a Él. Tampoco podemos amarle si pecamos gravemente contra Él, contra nuestro prójimo o contra nosotros mismos.

Acordémonos que los Diez Mandamientos de Dios pueden resumirse en dos – amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos.

Jesús nos hace ver que no llegaremos al Cielo si no ayudamos a los pobres y a los humildes, porque cuando los ayudamos lo ayudamos a Él porque ellos son sus hermanos. (Leer Mt 25: 31-46).

El Catecismo también nos dice que:

“Morir en pecado mortal sin estar arrepentido ni acoger el amor misericordioso de Dios, significa permanecer separados de Él para siempre por nuestra propia y libre elección. Este estado de auto-exclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados (los Santos en el Cielo) es lo que se designa con la palabra “infierno” (CIC 1033)

El Concilio Vaticano II nos enseña que:

“Como no sabemos ni el día ni la hora, es necesario, según el consejo del Señor, estar continuamente en vela. Así, terminada la única carrera que es nuestra vida en la tierra, mereceremos entrar con Él en la boda y ser contados entre los Santos y no nos mandarán ir, como siervos malos y perezosos, al fuego eterno, a las tinieblas exteriores, “donde habrá llanto y rechinar de dientes” (LG 48).

Nos sigue diciendo el Catecismo que:

“Dios no predestina a nadie a ir al infierno; para que eso suceda es necesaria una aversión voluntaria a Dios (un pecado mortal), y persistir en él (en el pecado) hasta el final. En la liturgia eucarística (es decir, en la Santa Misa) y en las plegarias (u oraciones) diarias de los fieles, la Iglesia implora la misericordia de Dios, que “quiere que nadie perezca, sino que todos lleguen a la conversión (2Pe 3:9)” (CIC 1037)

“Acepta, Señor, en tu bondad, esta ofrenda de tus siervos y de toda tu familia santa, ordena en tu paz en nuestros días, libranos de la condenación eterna y cuéntanos entre tus elegidos” (Misal Romano 88)

En el Diario de Santa Faustina, la Santa nos describe su visita al Infierno acompañada también de su Ángel de la Guarda:

“Hoy he estado en los abismos del infierno, conducida por un ángel. Es un lugar de grandes tormentos, ¡qué espantosamente grande es su extensión! Los tipos de tormentos que he visto: El primer tormento que constituye el infierno, es la pérdida de Dios; el segundo, el continuo remordimiento de conciencia; el tercero, aquel destino que no cambiará jamás; el cuarto tormento, es el fuego que penetrará al alma, pero no la aniquilará, es un tormento terrible, es un fuego puramente espiritual, incendiado por la ira divina; el quinto tormento, es la oscuridad permanente, un horrible, sofocante olor; y a pesar de la oscuridad, los demonios y las almas condenadas se ven mutua-mente y ven todos el mal de los demás y el suyo; el sexto tormento, es la compañía continua de Satanás; el séptimo tormento, es una desesperación tremenda, el odio a Dios, las imprecaciones, las maldiciones, las blasfemias. Estos son los tormentos que todos los condenados padecen juntos, pero no es el fin de los tormentos. Hay tormentos particulares para distintas almas, que son los tormentos de los sentidos: cada alma es atormentada de modo tremendo e indescriptible con lo que ha pecado. Hay horribles calabozos, abismos de tormentos donde un tormento se diferencia del otro. Habría muerto a la vista de aquellas terribles torturas, si no me hubiera sostenido la omnipotencia de Dios. Que el pecador sepa que con el sentido que peca, con ese será atormentado por toda la

eternidad. Lo escribo por orden de Dios para que ningún alma se excuse [diciendo] que el infierno no existe o que nadie estuvo allí ni sabe cómo es.

Yo, Sor Faustina, por orden de Dios, estuve en los abismos del infierno para hablar a las almas y dar testimonio de que el infierno existe. Ahora no puedo hablar de ello, tengo, la orden de dejarlo por escrito. Los demonios me tenían un gran odio, pero por orden de Dios tuvieron que obedecerme. Lo que he escrito es una débil sombra de las cosas que he visto. He observado una cosa: la mayor parte de las almas que allí están son las que no creían que el infierno existe. Cuando volví en mí no pude reponerme del espanto, qué terriblemente sufren allí las almas. Por eso ruego con más ardor todavía por la conversión de los pecadores, invoco incesantemente la misericordia de Dios para ellos. Oh Jesús mío, prefiero agonizar en los más grandes tormentos hasta el fin del mundo, que ofenderte con el menor pecado.” (Diario 741)

Después de leer estos testimonios de esta Santa canonizada el 30 de abril del 2000, siendo el primer Santo canonizado en el tercer milenio, ¿Podemos tener dudas sobre nuestra existencia y vida eterna?

Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida. Él nos ha preparado el camino para que podamos llegar al Cielo. En Él, que es la Verdad absoluta, encontramos nuestra fe, nuestra esperanza. En Él que es la Vida, encontramos la vida eterna.

LA CRUZ

Jesús, a través de Pasión y Muerte en la Cruz nos enseña sobre dos cosas a las que ya nos enfrentamos y que siempre tendremos que hacerlo. Él nos enseña cómo lidiar con ambas. Se trata del pecado y el sufrimiento. Es por ello que tenemos que mirar la Cruz y abrazarnos a ella.

En los tres años de su ministerio público, Jesús experimentó constantemente el pecado. Él, que era igual a nosotros en todo, excepto en el pecado, aunque nunca pudo cometer pecado alguno, sí experimentó el pecado cometido contra Él – el pecado del hombre, nuestro pecado.

Aunque en la Sagrada Escritura no encontramos todos los pecados, sabemos cómo fue perseguido, expulsado, cómo se levantaron falsos testimonios sobre Él; cómo se le despreciaba por acercarse al pobre, al humilde, al pecador. Sabemos cómo estuvo a punto de ser agredido, cómo se le odiaba, se le envidiaba, se le despreciaba. Los pensamientos más bajos debieron haberse tenido sobre su persona. Las palabras más sucias seguro se expresaron en su presencia. En fin, hasta fue traicionado por los que más cerca se encontraban de Él, por los que más quería y ocupaban un lugar preferido en su Corazón. Todo esto le hacía sufrir enormemente. Su Corazón amoroso y misericordioso se llenaba de tristeza al ver la dureza del corazón humano.

Al comenzar su Pasión, en medio de su agonía, se siente abandonado por aquellos a quien tanto amaba – ni siquiera podían orar con Él por una hora, mientras Él sudaba hasta gotas de sangre. El sueño los consumía.

Poco a poco vemos como se acercan los verdugos y comienza la violencia física. Los empujones, las bofetadas, las escupidas. Se incrementa la violencia y su cuerpo es flagelado hasta que sus carnes desgarradas comienzan a derramar su sangre pura y redentora. Lo coronan con una corona de espinas en medio de burlas y agresión verbal. Ya no hay respeto alguno por el Rey de Reyes y Señor de Señores.

El Cordero de Dios es llevado al matadero para ser asesinado sin culpa alguna. Le hacen llevar la Cruz donde ha de ser clavado. En el camino hacia el Gólgota tres veces cae destrozándose las rodillas y tres veces se levanta. Apabullado y sangriento llega al Calvario y es acostado sobre la Cruz. Los clavos atraviesan sus muñecas y sus pies. De sus heridas brota la sangre a borbotones. ¡Qué dolor! ¡Qué espantoso dolor!

La Cruz es levantada y su cuerpo cuelga de sus muñecas clavadas y se sostiene sobre sus pies traspasados por los clavos. Y, a pesar de todo su dolor, de toda su tristeza, Él es capaz de decirle a su Padre:

“Padre, perdónales porque no saben lo que hacen” (Lc 23:34)

Jesús había experimentado nuestro pecado. Los mismos pecados que lo crucificaron, nosotros seguimos cometiéndolos hoy día – seguimos crucificándole.

Todo pecado causa sufrimiento. No sólo el que cometemos sino también el que se comete contra nosotros.

El pecado que cometemos contra Dios, contra el prójimo y contra nosotros mismos podemos confesarlo en el Sacramento de la Reconciliación y recibir el perdón de Dios a través de su ministro que actuando *in persona Christi* nos perdona en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y en nombre de la Iglesia, pues recordemos que somos miembros de Su Cuerpo Místico que es la Iglesia, y que todo pecado afecta a cada miembro del Cuerpo. Es como una célula cancerosa en el cuerpo humano, que hay que sanarla para que no termine enfermando y hasta matando el cuerpo.

Pero el pecado que se ha cometido con nosotros causa también muchísimo daño y necesitamos que sea también perdonado. ¿Qué podemos hacer cuando muy a menudo la persona que cometió ese pecado no siente el más mínimo arrepentimiento o no está consciente del daño que nos ha causado?

¿Qué hacer cuando una persona nos ha tratado con desprecio, o un ser querido nos ha traicionado, o un amigo nos ha engañado y robado, u otro ha levantado falsos

testimonios sobre nuestra persona, y todo esto nos causa resentimiento, rencor u odio hacia esa persona?

¿Qué hacer cuando se han cometido injusticias con nosotros o con nuestros seres queridos, cuando nos han agredido físicamente?

Cuantas heridas abiertas tenemos en nuestra alma y mientras están abiertas el recuerdo de estas nos consume. ¿Cómo cerramos esas heridas?

¿Cómo abrazar el sufrimiento de la Cruz? Solo siguiendo el ejemplo de Jesús. Imitando a Cristo en la Cruz. Perdonando y ofreciendo el sufrimiento por sus hermanos más pequeños, los pobres, pecadores y humildes de corazón - por nosotros, por el mundo entero.

Perdonando es como único podremos cerrar esas heridas. No para olvidarnos de lo que nos ha sucedido, sino para que cuando lo volvamos a recordar no nos causen ni el dolor ni el rencor que nos causaban cuando estaban abiertas.

Si a Jesús le fue posible hacerlo, a nosotros también. No podemos salir con el argumento que Jesús es Dios y nosotros no. En el momento de su crucifixión, Jesús es el Hombre-Dios, Dios hecho Hombre, y fue su naturaleza humana la que tomó la decisión de perdonar. Si el clavado en la Cruz, el crucificado, no fue un hombre como tú y como yo, entonces la Cruz no tiene ningún sentido ni consecuencia para la humanidad.

Por eso tenemos que perdonar, pero para lograrlo tenemos que abrazar la Cruz. Solos, no podemos hacerlo.

Precisamente eso es lo que Jesús vino a hacer por nosotros, a darnos su Gracia, su ayuda, el poder de su Cruz, para que nosotros podamos luchar contra el pecado y las tentaciones del Demonio y así poder vivir en santidad, pues es la santidad la que nos da la entrada en el Cielo.

¿Quieres ir al Cielo? Pues lo primero que tenemos que hacer es empezar perdonando a aquellos que nos han hecho daño, que nos han hecho sufrir.